

Murcia: Un mes . . . UNA peseta.
Resto de España un trimestre 3'50 Id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:

SELGAS, 4.—MURCIA

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Año 11

MURCIA.-Martes 3 de Septiembre de 1907

Núm. 314

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES
A PRECIOS SEGUN TARIFA

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GROS
DABEN DIRIGIRSE

Al Director Gerente

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Reparto de juguetes

El festejo más simpático que había esta feria, por culpa del emprendedor alcalde que nos tocó en suerte, ha resultado un mamarracho, un verdadero cien pies, pues como en todas las cosas que se realizan en esta desdichada Murcia, hubo preferencias y descaradas pretericiones. No nos guía el afán de criticar por el gusto de hacerlo, no; nosotros quisiéramos aplaudir mucho, tributar un caluroso elogio al Sr. Ruiz por la forma de realizar el reparto; pero la realidad es muy otra de la merecedora de plácemes, y contra nuestro deseo en este día, hemos de poner las cosas en su punto, para evitar otro año el espectáculo de que los juguetes comprados para los niños pobres vayan a parar á otras manos. Los juguetes, como el nombre del reparto indica, son para los pobres y no para los otros niños que tienen medios de comprarlos; y esto, justo es confesarlo, no se cumplió bien ayer.

Con olvido de la justicia, en el reparto de vales no se hizo lo que se debía, porque la mayor parte de las papeletas fueron á parar indebidamente á manos de personas pudientes. Por ahí comenzó la injusticia y concluyó por otro lado peor. Las pocas papeletas que pudieron recoger los niños pobres, como no especificaban la clase de juguetes que representaban—como otros años—se trocaron en amargas desilusiones, pues en el reparto, según fuese amiga ó no la familia del agraciado, se llevaban las mejores ó las peores piezas, con lo que se acabó de consumar la injusticia. Todo cuanto pudiera decirse de lo bochornoso, que resultó ese aprovechamiento descarado de lo perteneciente al pueblo, sería pálido ante la realidad; para poder describirlo se necesitaría intercalar en el artículo todos los adjetivos ofensivos que contiene el diccionario.

Cuando una persona se aprovecha de lo perteneciente á otra de su clase, aunque mal, tiene pase; pero cuando un rico recoge lo que pertenece á un pobre, aunque lo haga á instigaciones del mismísimo alcalde, no tiene pase de ningún género, porque en este caso el abuso es incalificable. Los que repartieron las papeletas á personas pudientes y los que después, aprovechándose del cargo que desempeñaban en el reparto, dejaron los peores juguetes á los más necesitados, á los que tal vez en el año no tengan otro, á los que seguramente soñaron con este día, mientras entregaban las mejores á los niños de los amigos, esos, además de probarnos que no tienen civismo ni caridad, nos revelaron que son unos pobres hombres, con muy mala intención, eso sí, pero unos pobres hombres sin corazón, sin sentimientos levantados.

Las mujeres que al abandonar el Sr. Durán el salón salían llorando á la calle, las que por ganar pronto la puerta cayeron al suelo, las que se percataron de la causa por qué se retiró el teniente alcalde aludido, las que después de estar implorando dos días papeletas veían que las criadas de algunos ricos se llevaban los mejores juguetes, las que comprendieron la injusticia, viéndola, declaraban en voz alta la iniquidad que con ellas se cometía, por que, una de dos, ó los juguetes son para los pobres ó para los ricos. Y si esto es así, ó prescindase de encubrir con fingidos nombres el obsequio á los amigos ó no se engañe al pueblo con burrias y ascarnos crueles.

Mientras el reparto se haga en la forma que ayer, en vez de anunciarlo como hasta aquí, anúnciese así: reparto de juguetes á los niños ricos.

PLUMAZOS

Horas amargas

«S. M. el sultán de Zanzibar ha embarcado con rumbo á Marsella» «S. M. el sultán de Zanzibar ha llegado á Marsella» «S. M. el sultán de Zanzibar se dirige á París» «S. M. el sultán de Zanzibar irá desde París á Alemania» «S. M. el sultán de Zanzibar...»

Los reyes bufos resucitan al cabo de años mil. Pontesquieu no tiene ya compañeros imaginarios que le hagan compañía en las soledades deliciosas de las bodigas de la buena señora Montón, si no muy reales y efectivos. «S. M. el sultán de Zanzibar ha llegado á Marsella». La leyenda del pobre

«soberano» de las alcantarillas de París se realiza en un todo y sus sueños se convierten en realidad deliciosa. El acuerdo tomado por el grave Papallón referente á la benignidad que había de mostrar el «soberano» ante los obsequiosos súbditos de la Francia de «Papagrás LXXXVIII» es hoy tan necesario como entonces y tan imprescindible para su decoro «real» como los botellazos del segundo acto para la explicación del final ya próximo. «S. M. el sultán de Zanzibar se dirige á París».

Los soberanos africanos y asiáticos, jefes de Estado de mentirijillas, no tienen por qué quejarse de su reinado ilusorio. Europa, después de despojarlos graciosamente y en nombre de la civilización, de esa pesada carga inherente á las soberanías no populares, les rinde «plétesia», de admiración y de «respeto»... les trata, en fin, como á galantes y prepotentes Jefes de Estado. El soberano de la nación visitada les acompaña de la es tación á donde llega hasta á su alojamiento y una banda de música toca á tambor batiente el himno nacional del pueblo representado por el visitante. No es poco al contrario, es mucho. (Pedir más honores, sería gollería! La buena voluntad que es lo que vale, suple lo que se «olvida» en la recepción, y el pueblo visitado faculty así al visitante para la aceptación de honores parecidos en las demás capitales que visite; de otro modo se le haría aborrecer cosas tan agradables como las lalce recepciones. Y que con ello se muestran conforme los «agasajados» no cabe duda alguna... Su Majestad el sultán de Zanzibar irá desde París á Alemania...)

La filosofía amarga del infelz Pontesquieu, vuelva á resucitar ahora; para nada vale, efectivamente, el ser algo, si ese algo depende de poderes superiores que quieren rebajarlo á nada. «S. M. el sultán de Zanzibar...»

NAZARIN.

Información especial

Precursores de Colón

Esta cuestión, que no es nueva ciertamente, ha vuelto á tratarse ahora con mucho reposo por la crítica histórica. ¿Hubo viajeros que arribaron al continente americano antes que Cristóbal Colón? Está ya fuera de dudas que los hubo, lo que no amengua en nada la gloria del ilustre genovés, pero los hubo forzosos, llevados allí por los temporales, y algunos voluntarios. Se sabe también que los Indios de las costas orientales de América tenían noticia de la existencia de un continente al lado de acá del Océano y que en tal continente había pueblos poderosos.

Sabido es que Colón no pensó jamás en descubrir un nuevo mundo, sino en hallar nuevo camino para las Indias y que murió creyendo que lo había hallado y que terreno indio era lo que descubrió. Colón no tenía noticia de los viajeros arriba mencionados, pues la mayoría no volvieron y los que volvieron daban pocas y na la precisas referencias sobre la situación de la tierra donde habían estado.

Por hacer está, la historia arribada Colón. Lo que pareció cierto es la arribada forzosa de viajeros europeos en varias y no modernas épocas, pues siglos antes del XVI un europeo recorrió casi toda la América de Norte á Sur, y de él se halló rastro en las tribus cenitales á las que predicaba contra los sacrificios humanos y la guerra, hablándoles de un solo Dios y predicándoles que un día llegarían allí hombres de su raza, que los conquistarían, por lo cual los excitaba á organizarse contra la invasión, de cuyo intento aún los españoles hallaron recuerdos á su llegada.

En épocas muy remotas floreció en algunas comarcas americanas una civilización, de la cual, la de Méjico no era más que sombra, como lo prueba el descubrimiento recién hecho en Tojas de los restos de una ciudad grande muy anterior á la época azteca. Qué hubo relaciones entre aquella civilización americana y el llamado antiguo mundo, es cosa probada, pues los negros que existen en América provienen de la esclavitud, y los conquistadores de América no hallaron ni rastro de ellos en todo el continente ni en sus Islas; eran los negros de África, y, sin embargo, se han descubierto ídolos en América central, que por sus formas y facciones de raza negra, sólo para esta pudieran servir y por ella ser fabricados.

Varios filólogos han hallado analogías y raíces comunes entre el hebreo y la lengua

que hablan los «chicapeneos», y raza hay en América cuyas cualidades étnicas no se explican sino por inmigraciones de razas no americanas.

Los chinos tuvieron frecuentes relaciones con América, principalmente con Méjico, relaciones que cesaron al notar los chinos la invasión española. Esto ha quedado demostrado cuando las tropas europeas entraron en Pekín últimamente y registraron los archivos.

Como quiera, parece que algunos siglos antes que Colón un abad mitrado, San Brandano, y ya empezamos con los nombres propios, que tenía dominio sobre las posesiones de Groenlandia, visitó el continente americano, tal vez pasando á él por el estrecho de Behering. Existen documentos en el Vaticano que lo prueban y son:

1.º Una bula de Gregorio IV, año 834, que confirma á un tal Ancanio, como arzobispo de una iglesia más allá de Albión, y le encarga los pueblos de daneses, suecos noruegos y «tierras de Groenlandia».

2.º Un documento de 1124, en el que consta que había ya un obispado en los países de Vinland (Tierra del Vino), hoy Rodeisland; en Nueva Escocia, etc., cuyos habitantes pagaban un tributo al Papa de 2.600 libras de dientes de Morso.

3.º En el «Muesticón Britanicum» se dice que en el siglo VI San Patricio de Irlanda envió misiones á las «islas americanas», uno de ellos llamado San Brandano, llamado por los mejicanos Quetzalcohuatl.

Pero la biblioteca del Vaticano, aunque rica, no es de las más antiguas. Donde constan los mejores documentos é historia completa de los descubrimientos anteriores á Colón por los escandinavos, (suecos, noruegos, groenlandeses, etc) en las «Sagas» ó crónicas de Islandia, que no se conocieron hasta hace poco tiempo. Estos venerables folios contienen hasta mapas de los territorios americanos descubiertos en el siglo IX, y visitados en los siguientes X, XI y XII. Cuando decimos americanos, usamos el término ahora corriente que no consta en esos documentos antiguos, pues sabido es que este vocablo es nuevo y viene de Américo Vespuccio, posterior á Colón. Téngase presente también que todas estas visitas y arribadas empezaban por el Norte de América, por Behering, y se debían á gentes del Norte de Europa. Ya Humboldt y Cesár Cantú aseguraban esto mismo.

Ahora cuatro palabras sobre San Brandano.

Nació en 484 en Tralee, condado inglés de Kerry (Irlanda) y murió á los noventa y cuatro años, 577 en Confeit, condado de Calvay. Navegó durante siete años por el Atlántico. Llegó á ser el santo patrón y más venerado de los marineros del Norte; su fiesta la celebran en 16 de Mayo, y le llaman San Brandano el Mayor, para distinguirlo de Brandano, abad de Barr.

Introdujo el cristianismo en América, en un país situado cerca de Vinland y que se llamaba primitivamente «Holtramannaland» (tierra de los blancos) que acaso sea la parte de América del Norte que hay al Sur de la bahía de Cherepak y contiene las Carolinas del Norte y del Sur, la Georgia y la Florida.

Jutio Seclerq dice en su «Tierra de hielo (La terre du gleece)» que los pueblos del Massachusetts en tiempos de Colón descendían de europeos y largo tiempo antes había sido introducido allí el cristianismo. Sabido es que cuando llegaron los españoles á América encontraron muchas cruces sepultadas y aun esculpidas en monumentos, el rito de la circuncisión y en el lenguaje muchas palabras griegas y fenicias; además noticias de una madre que pecó, de un diluvio del que se salvó sólo una familia, de un gran edificio obra de los hombres; de la costumbre de confesar las culpas y recuerdo de unos santos blancos de barba larga, cosas todas que les hicieron suponer la entrada en América de cristianos misioneros.

Los mejicanos entre sus dioses contaban al llegar los españoles uno de ellos llamado: «Que zalcoalt» (el nombre de San Brandano), que no era de piel rojiza sino blanca y de mucha barba, el cual se había embarcado para las islas de Tiapalian más allá de los mares al Este.

Así están las cosas. Todas estas cuestiones las ha puesto de nuevo sobre el tapete el reciente descubrimiento de las ruinas muy profundas de esa antiquísima ciudad americana hoy en estudio y de la cual no es posible predecir todavía lo que saldrá para esclarecer punto tan importante de la historia.

Los poetas pasan

Han llegado los poetas;
son bohemios soñadores.
Vienen todos anhelantes
á ofrecerte sus amores...
En sus frentes aun alumbra
la esmeralda de la luz.

Vienen mártires, esclavos
de tus lábios, de tu risa:
Vienen todos perfumados
del aliento de la brisa
y te ofrecen sus laureles
que es el brazo de su cruz.

En sus manos llevan mirtos
y coronas de laureles
Son hidalgos de otra raza;
ellos traen sabor de mieles
y en sus labios traen los auras
que han dejado allí los besos.

De las musas que han rozado
con sus alas de abanico
las amantes rojas rosas.
Un canario con el pico,
ha dejado para siempre
sus arpegios allí impresos.

Han llegado los poetas,
y has cerrado tu ventana;
pero al cielo le ha ofrecido
la blancura de un mañana
lisonjero, y han partido
para tierra más extraña.

No se donde se han marchado.
Han partido, yo lo ignoro.
Llevan sueños ideales,
perlas, joyas, montes de oro,
y han probado el transparente
vino que el cristal empañía.

Es el vino delicioso
de poetas soñadores;
de bohemios que traían
sus laureles, sus amores;
de los mártires y esclavos
de tu aliento, de tu risa,
y ahora van errantes siempre...
¡Pero los besa la brisa!

DIONISIO SIERRA.

Septiembre 3—1907.

Novela en cuatro cartas

(SEGUNDA)

De la Abatesa de Guardias Nobles de Maria, á su Padre espiritual.

Reverendísimo Padre: Una gran tristeza y una alegría inmensa embargan mi ánimo en este instante, haciéndome verter unas lágrimas en las que se confunden tan distintos sentimientos.

Sor Desamparada, aquella santa novicia que fué para el mundo Lucía de Leiva se durmió esta mañana en este valle de lágrimas para despertar en el Señor. Esto es lo que me inspira esa gran tristeza, que sólo se vé mitigada por los prodigios—verdaderos milagros—que durante su vida, y especialmente á la hora de su muerte, hemos podido presenciar y que nos hacen presumir que saldrá á recibirnos, vestida de gloria, cuando nos llame el Amado á la casa de su Padre.

Su vida durante el año que vivió entre nosotras ¿á qué relatarla? Sobradamente la conocéis; primero aquellos éxtasis, en los que se sentía poseída por el Divino Espíritu y, entre dulces espasmos, nos relataba los goces de su alma, como si recitase versículos del Cántico de los Cánticos; luego aquella demacración que dejó sólo á su débil cuerpecito la mínima cantidad de materia para albergar un alma; últimamente esa gran claridad de entendimiento, ese aguzamiento de todos sus sentidos, que le hacía llegar á descubrir hasta nuestros más íntimos secretos.

El médico no he querido que profanase, interviniendo en este tránsito á los cielos, una tan espiritual dolencia; sólo una vez la vió y nada dijo en concreto, limitándose á disertar largamente sobre histerismo, auto sugestión ca-

talepsia y otras cosas per el estilo que, aunque para mí ininteligibles, me parecieron otras tantas heregías.

Ayer mañana, después de recibir, se sumergió en un éxtasis, permaneciendo todo el día insensible hasta que, al llegar la noche, comenzó á despertar pezosamente, como si le pesase dejar tan dulce sueño.

—Mañana, cuando amanezca, volaré con mi Dios para no volver más entre vosotras... Venid todas, quiero despediros... Y hablaba tan dulcemente que parecía que por sus labios lo hacia el amor mismo.

Todas rodeamos su lecho deshechas en llanto, mientras ella, con voz serena nos narraba su gloria futura y las delicias de que gozaría en ella, procurando con sus dulces palabras llevar el consuelo á nuestros afligidos espíritus.

—Si es formidable el morir, tal vez es mas peligroso el vivir largo tiempo. Esta frase le recordó al piadoso autor de la «Imitacion de Cristo» y con una severidad que nos dejó yertas, pidió que guardásemos silencio para dar lectura al capítulo de la meditación de la muerte.

En el grave recogimiento de la celda parecía vagar el espíritu de Kempis. Sus místicas sentencias adquirían un vigor extraordinario en los labios de la novicia, lacerando nuestro pecho y haciéndonos prorumpir en amargos sollozos, pero sobre ellos la voz doliente de la enferma, evocadora y solemne, adquiría todas las inflexiones de la armonía oral, y ora se desgranaba fresca y gentil como el surtidor de una fuente en su taza de alabastro, ora grave y sonora como campana de plata tañida por manos de querube, pero siempre tranquila, siempre valerosa, sin que un gemido interrumpiese la lectura ni una contracción muscular viniese á turbar la paz inmensa de su rostro glorioso.

Sólo al llegar á aquel versículo que dice: ¿Quién se acordará de ti despues de la muerte? ¿Quién rogará por tí?—un ligero suspiro escapó de su pecho desmedrado y dos perlas gemelas cayeron de sus ojos claros y luminosos como un cielo abrileno.

Así fueron transcurriendo las horas.

Al mediar la noche unos mozos pasaron dando serenata con laudes y violines. Sor Desamparada pidió que abriésemos la ventana. Al hacerlo, dos estrellas se cruzaron en sentido diverso, dejando una cruz de plata en el cielo, como si la hubiese trazado el dedo del Altísimo. Los mozos siguieron su camino lentamente; solo un violín permaneció tocando; cada vez se escuchaba más próximo, más próximo, como si el tañedor fuese trepando por el muro.

Todas temblábamos, presintiendo algo sobrenatural, solo ella sonreía. El violín sonaba ya tras de la reja cada vez más triste, y, cuando todas esperábamos ver un rostro junto á la espesa celosía, sentimos que los bellos acordes rodaban en torno nuestro como si espíritus invisibles los produjeran dentro de la estancia misma. Entonces se levantó del lecho, abrió los brazos, siempre mirando al cielo, y, recordando al Rey Sabio, murmuró:

—Hijas de Jerusalén, sostenedme con lirios por que desfallezco de amor. Luego se estremeció ligeramente, el violín, murió en una nota lánguida, un penetrante perfume, como de nardos, se esparció por la celda, y Sor Desamparada quedó dormida para siempre entre nuestros brazos, al mismo tiempo que el primer rayo de luz matinal venía á besar su rostro pálido como una hostia.

La volvimos al lecho. Estaba tan hermosa que parecía imposible hubiese muerto. Una leve sonrisa como ofrenda de perlas en un cáliz sangriento florecía en sus labios marchitos y delgados. El terciopelo azul de su mirada brillaba caricioso allá en el fondo de las grandes ojeras, inmóvil, como en éxtasis. Sus dedos blancos y perfumados como capullos de azucenas,